

los debates contemporáneos, así como el esfuerzo por descubrir el valor teológico (cristológico-pascual) del rito. Una sacramentalidad difusa acaba en nominalismo. Sus presupuestos de teología fundamental resultan equilibrados y toman en serio la libertad del hombre frente al Dios que se revela. Sin caer en tópicos sobre la sacramentaria clásica, el A. ha sabido expresar su respeto por el servicio que aquélla ha prestado a la teología. El alcance antropológico de su reflexión resalta con acierto la centralidad del sacramento en la vida cristiana y, al mismo tiempo, su radicación en el deseo de Dios que subyace en el corazón del hombre. Esperábamos un desarrollo mayor de su «sacramentaria eucarística», de la que sólo se apuntan pocas líneas. Sería deseable que el autor desarrollara la dimensión escatológica de los sacramentos, la preguetación de la que somos partícipes en cuanto a signos proféticos. Por último, aunque se han dado pasos, queda aún por explicar con precisión *Optatam totius* 16 –los misterios de salvación *presentes* y *operantes* en las acciones litúrgicas– y, por eso mismo como bien señala Bozzolo, cognoscibles y con capacidad de comprometer y configurar la existencia del cristiano.

Alfonso BERLANGA

André-Marie JERUMANIS, *In Cristo, con Cristo, per Cristo. Manuale di teologia morale fondamentale. Approccio storico-sistematico*, Torino:

Edizione Camilliane («Mistero e Pensiero», 4), 2013, 797 pp., 15 x 21, ISBN 978-88-8257-153-5.

André-Marie Jerumanis es profesor ordinario de Teología moral en la Universidad de Lugano, miembro del grupo de investigación *Hypsosis*, dirigido por Réal Tremblay, y experto conocedor del pensamiento de Hans Urs von Balthasar. El manual de moral fundamental que publica se encuadra dentro del camino de renovación de esta disciplina auspiciado por el Concilio Vaticano II y la encíclica *Veritatis splendor*, según el enfoque cristológico-filial característico del grupo *Hypsosis*.

El título del manual se inspira en el himno de Col 1,12-20, que presenta a Cristo como causa ejemplar (en), final (por, para) y eficiente (con) de la creación. Todo lo creado tendría una existencia ideal *a priori* dentro de las perfecciones del Hijo de Dios. Así, cada hombre está predispuesto desde el inicio a

Cristo quien, crucificado y resucitado, restaura la imagen divina del hombre en la actual economía de la salvación. La inversión del orden de la doxología de las plegarias eucarísticas que presenta el título toma pie del giro antropológico ocurrido en la teología del siglo XX, acentuando que el actuar del hombre depende radicalmente de su incorporación a Cristo. Para Jerumanis, «en Cristo» significa la densidad ontológica filial que es fundamento del actuar moral de los cristianos, pues «lo humano» no puede concebirse en última instancia sin referencia a Él (cfr. p. 23).

La obra se estructura en dos grandes partes. Se propone como primer momento fundante un recorrido histórico centrado en torno al paradigma cristológico de la moral cristiana. Se privilegia la aproximación fenomenológico-histórica con un método genético-progresivo y se recupera el testimonio secular de la Iglesia, revalorizándose de modo natural la dimensión histórica inherente a la teología. Se sigue la lógica interna del discurso moral cristiano en momentos claves de la historia, que permite ilustrar en qué medida el paradigma cristológico ha sido asumido como eje principal de la moral. A partir de dicho recorrido se muestra cómo la concepción de la moral cristiana según el modelo del seguimiento «en, con y por Cristo» responde a una constante histórica. Además, ese modelo permitiría tender puentes tanto con el mundo protestante como con el mundo ortodoxo en el diálogo ecuménico (cfr. p. 527).

En la segunda parte, el autor ofrece una articulación sistemática de la moral fundamental acogiendo los elementos esenciales que han aparecido en la primera parte. La pregunta fundamental a la que se intentará dar respuesta será la de cómo conciliar la fundación última en Cristo del discurso moral cristiano con la comunicabilidad racional de dicho mensaje (cfr. p. 522), superando la posible relativización de la fe y las antinomias entre ley y libertad que impiden percibir la vía cristocéntrica como base para una ética universal.

Paso ahora a dialogar con las intuiciones más relevantes del manual desde el punto de vista de la exposición de la moral fundamental. En primer lugar, hay que resaltar la importancia que el autor concede al método propio de la teología moral, que tiene primariamente un carácter teológico, distinguiéndose de la filosofía moral, que tiene por objeto al sujeto ético (cfr. p. 531), y de la mera ética teológica. Siguiendo a Kasper, el método de la teología ha de ser el mismo Jesucristo, puesto que la vía a la verdad sólo puede ser la misma verdad. Si bien hay que escuchar al hombre y a sus interrogantes, ha de ser para interpretarlos como expresión de una espera de cumplimiento en Cristo (cfr. p. 535). No estamos ante un ejercicio crítico de la razón que se aplica a

un objeto de fe; se trata de un ejercicio reflejo de la razón dentro de una vida guiada por la gracia del Espíritu.

Este método permite superar la insuficiencia teológica de la moral autónoma, que sigue moviéndose en la óptica dualista de los órdenes, natural y sobrenatural. Jerumanis sostiene que la relación entre verdad de Dios y verdad del hombre determina una división entre aquellos que insisten en la autonomía de la moral y la verdad del hombre (moral autónoma en el contexto de la fe) y aquellos que parten de la verdad de Dios para fundar la moral (ética de la fe). Para el autor, la disputa puede resolverse sólo si se consideran la verdad de Dios y la verdad del hombre a la luz del dogma de Calcedonia (cfr. p. 538). Es necesaria la justa comprensión del dogma cristológico para elaborar una antropología capaz de mediar la moral cristocéntrica.

Obviamente, Jerumanis rechaza la reducción kantiana de la figura de Cristo a *idea Christi*, que termina por considerar dicha figura como ejemplo del actuar, mas no como norma. Funciona entonces un imperativo categórico que sólo puede fundarse sobre una razón práctica pura y no sobre un hecho histórico, pues la historia sería relativa, sin tener *logos* en sí misma. La «idea de Jesucristo» es entonces el resultado de la deducción trascendental y el «en Cristo» deja de ser sacramental. Este último acto de la separación en el pensamiento moderno entre fe y razón conduce a afirmar cada vez más la independencia del hombre y el deslizamiento hacia una moral *etsi Christus non daretur*. El verdadero problema de la moral pasa así por el modo de concebir al hombre: bien a partir de Cristo o bien autónomamente, en (posible) camino hacia Dios. Pero si el hombre es totalmente autónomo, lo divino para él se convierte en un *optional*. Sin embargo, la autorreferencialidad contradice la naturaleza filial del hombre, su existir como *mitsein* y *fürsein* y su tensión trascendental (cfr. p. 526). La autonomía de la naturaleza humana sólo podría entenderse dentro del binomio naturaleza-gracia desde el presupuesto de la unidad.

Esta visión de fondo establece también el modo de entender el binomio fe-razón, que encuentra en Cristo su último nexo de unión. Jerumanis es deudor del concepto, de matriz ratzingeriana, de una naturaleza humana determinada por su estructura relacional. El ser humano posee una estructura dialógica filial que conlleva una libertad no cerrada en sí misma, sino abierta a la verdad. La apuesta por la teologización de la teología moral no supone entonces un alejamiento de la razón. Mientras que los defensores de la moral autónoma defienden un primado de la razón con vistas a su comunicabilidad racional, Jerumanis considera que el diálogo con el mundo no implica la ex-

pulsión de Dios de la racionalidad (cfr. p. 28). La fe es razonable y se puede comunicar, mientras que, como señala el mismo Ratzinger, la abolición de la cristología en teología es un claro síntoma de relativismo (cfr. pp. 465-466).

Así pues, la dimensión universal de la moral no se consigue excluyendo el fundamento cristológico. Si se aparta a Cristo de la creación, no se le podrá considerar más que como fundador de una ética particular (cfr. p. 26). Pero la universalidad de la moral en Cristo procede ya de la misma *creatio in Filio*; de un Cristo Alfa porque es Omega, como gusta de señalar Tremblay y se atisba en el pensamiento paulino de las cartas a los Colosenses y a los Efesios. Es muy pertinente la referencia del autor a Clemente de Alejandría, para quien la dimensión universal de Cristo como *Logos* impide tanto el enfoque exclusivista de la moral cristiana como el relativismo sincretista. Así, la ley natural no es extraña al Verbo (cfr. pp. 550-551) sino ya manifestación del *Logos*, y de ahí su intrínseca validez salvífica. Ello lleva necesariamente a reconocer en toda moralidad auténtica la obra de Cristo. Él es la norma universal que funda el actuar cristiano e ilumina el camino moral de todo hombre, aunque no sea consciente de tal iluminación (cfr. p. 772).

La perspectiva filial de la moral asume también el ámbito de la ética de la virtud pero llevándolo más lejos, al colocarlo en el contexto del don filial. La categoría de «respuesta» parece por tanto insuficiente para explicar la moral, pues el mismo actuar moral es don. Se puede concebir entonces el esfuerzo moral del hombre como una armonización interior, un acuerdo no primariamente consigo mismo (como autoconstrucción) sino como correspondencia con el corazón filial del Hijo, realizando de tal manera la armonía con uno mismo y con los demás (cfr. p. 647). Ser virtuoso es estar en sintonía con el Hijo. La acción del cristiano será verdaderamente teándrica por participación, siendo el *en Cristo* incorporación al *Christus totus* (cfr. p. 678). La moral pasa a ser el «lugar» en que Dios se hace presente en el mundo y posee de este modo una fuerza evangelizadora de primera importancia: se trata de una moral de la excelencia o del máximo, pues los actos morales concretos son actos filiales que manifiestan al sujeto agente *con* y *en* el Hijo (cfr. p. 637). Separar al sujeto del Cristo agente y volente es separarlo artificialmente de la auténtica vida cristiana. Cada hijo es guiado en su conciencia por la sabiduría práctica filial para la concreción de los fines virtuosos que corresponden al ideal de perfeccionamiento *en, con* y *por* Cristo (cfr. p. 645).

Pocas críticas pueden hacerse a esta articulación teológica de la moral fundamental. Quizás se pueden echar de menos en la parte histórica algunos

ejemplos de secularización positiva, o una enumeración más concreta de los puntos de desacuerdo con la teología moral ortodoxa y protestante, si bien se señalan algunos de sus límites (cfr. pp. 697-698). Igualmente, podría explicarse más detenidamente cómo el «tú debes» se convierte, gracias al don, en un «tú puedes» filial (cfr. p. 613). También sería necesario valorizar el rechazo de la modernidad al voluntarismo moral, explicando que la adhesión filial a la voluntad paterna es racional precisamente en la medida en que estamos ante un Padre que tiene un designio providente para sus hijos en el Hijo: la razón fonal de la creación es Amor-Paterno; de ahí la fecundidad de la conciencia filial para redescubrir la verdad práctica en que consiste la moral.

Por otra parte, si bien resultan esclarecedoras las reflexiones en torno al axioma *operari sequitur esse* desde el punto de vista de la antropología filial (cfr. pp. 599-603; 676), quedan aún pendientes algunas dificultades sin resolver. En concreto, si el actuar modifica al ser (y el actuar filial modifica al ser filial) el axioma resulta de algún modo insuficiente. Dicha insuficiencia se subsanaría considerando el ser desde la perspectiva de la vocación eterna en que «consiste» cada ser humano (cfr. Ef 1,4). El ser como llamada divina es un ser que funda el obrar y, al mismo tiempo, se va desplegando en cada historia personal.

Estas consideraciones no restan méritos a la obra de Jerumanis, que acepta el giro antropológico de la teología del siglo XX pero desarrollándolo a partir de una cristología y antropología filiales. Cristo Jesús no es sólo el modelo eterno, sino la fuente perenne de la vida moral, de ahí que sea necesario concebir el discurso teológico moral en relación con la dogmática y con la antropología teológica para desarrollar una hermenéutica filial. El manual complementa la propuesta del grupo Hypsosis en *Figli nel Figlio* (2008) y deja abierta la posibilidad de completar la exposición de la moral fundamental desde una perspectiva más filosófica, que explique detenidamente las virtudes a partir de los fines de las tendencias humanas. La perspectiva filial no quita nada al *humanum* sino que lo devuelve a sí mismo, enriqueciendo su comprensión y liberándolo del mito de la *natura pura*. La moral cristiana, si quiere ser fiel a la revelación transmitida por la Iglesia, ha de ser vida en, con y por Cristo; vida en Cristo en la comunión eclesial: prolongación de la vida de Cristo en la vida de los fieles de todos los tiempos. Así, la acción de los hijos será, en último término, una acción *in caritate Filii*, en el Espíritu, como María y con María, para la gloria de Dios Padre (cfr. p. 775).

Javier SÁNCHEZ-CAÑIZARES